

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

CALLE ARRIBA, CALLE ABAJO.

Por Federico Villoch.

EL PALACIO DE DOÑA TULA. — LOS PORTEROS ANTIGUOS. — LOS NOVIOS DE VENTANA. — EL GRAN CANAL DE VENECIA. — LOS AGUADORES DE BARRILITOS. — MINNIE ROSSE. — LA ESCUELA DE LOS CHINITOS. — EL MARQUES. — LOS GATOS DE LA ACERA. — VILLITA. — LLUVIA DE ORO. — ¡SE SOLTO EL LOCO!

**H**AY calles que podríamos llamar «huérfanas», mejor dicho, «expósitas», donde nunca ha pasado nada, que no despiertan en el transeunte ni la más ligera memoria y que parecen no tener en definitiva otra misión que la de figurar como una línea más en el complicado plano topográfico de una urbe; en cambio, otras, menos nombradas, más pequeñas, si es posible más solitarias y escondidas, detienen como de la mano al transeunte con un turbión de interesantes recuerdos que le impiden proseguir su camino indiferente; y esta de la calle de las Animas, en el tramo comprendido entre el Prado y la Calzada de Galiano, es una de ellas.

Próxima a nuestra casa particular, en la calle de la Industria, en la que vivimos por largo tiempo, hemos recorrido ese tramo muchas veces, de niños y de jóvenes, ya para dar nuestro diario paseo por el Prado, ya como la vía más cómoda para cruzar el Parque, tomar la calle del Obispo y dirigirse al Instituto; o la de O'Reilly, más tarde, a la Universidad, que, como es sabido, estuvo instalada en esta última calle hasta el año 1903 y pico, en que fué trasladada para los antiguos terrenos en que, durante el Gobierno de la Colonia, se hallaban los edificios de «La Piro-técnica». Así como se registra el extraño fenómeno psicológico de que, para recordar una idea que se nos ha olvidado instantáneamente, no hay, para reavivarla, como volver de nuevo al sitio en que aquélla fué concebida, del mismo modo, cuantas veces nos vemos en la necesidad de atravesar ese citado tramo de calle, uno por uno reviven, con intenso relieve, en nuestra memoria, aquellos recuerdos del pasado que por primera vez se grabaron en nuestro sensorio; y volveremos a ver aquellos sitios tales y como eran entonces, y hasta las personas que en ellos habitaron; y no es que unos seres puedan preiarse de tener

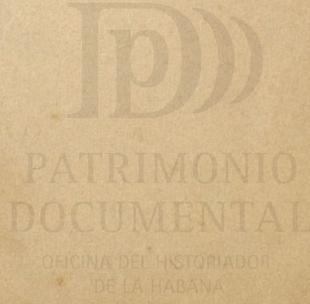
mas memoria que otros, es que muchos viven y han vivido más intensamente que los demás; y que la vida ha sido y es para ellos «cosa cierta» que hay que verla, sentirla y apreciarla: calle arriba y calle abajo, el pasado va siempre del brazo de esos observadores, acompañándoles como el mejor y más cariñoso de los amigos...

Uno nuestro, y bastante culto por cierto, nos decía «que él era hombre de avance, de progreso; y hasta que el mañana era lo único que a él le interesaba; olvidando lo que dice Jorge Manrique en una de aquellas sus coplas que, según López de Vega, están escritas con letras de oro en el libro de la inmortalidad:

**Y pues vemos lo presente como en un punto se es ido y acabado; si pensamos cuerdamente, daremos lo no venido por pasado.**

No vamos, desde luego, a citar ni casas ni lugares de importancia en que se desarrollaron grandes acontecimientos de nuestra historia político social; ni a describir palacios ni monumentos, gloria de la arquitectura y de excepcional importancia; pero es lo cierto que muchos sitios humildes encierran para aquellos que los conocieron en pasadas épocas gratas y poderosas seducciones, y que sus espíritus se complacen en recordarlos y revivirlos, viéndolos en su imaginación con la majestad de que carecían en la realidad pasada. Cuando al través de los años se nos ocurre visitar una casa, un jardín, un sitio cualquiera, en que vivimos de niños o de jóvenes, ya despojados de la dorada niebla del ensueño, solemos decirnos, no sin cierto amargo desencanto: —Nos parecía más grande... — La realidad lo achica todo.

Esa casa de huéspedes, en Animas esquina a Consulado, hoy un edificio corriente y hasta de los más vulgares, entonces el Palacio de Doña Tula Fabián, nos parecía, y lo era en efecto, uno de



2

los mejores de la Habana de los años 1875, 80, etc. Ya desde el zaguán se advertía el rumbo, las comodidades y amplitudes del interior de la casa: portero gallego, de faz completamente rasurada, impecable en la blancura de su camisa y sus pantalones de dril crudo, siempre planchados y limpios; sentado ante su

mesilla baja, liando, incansable, enormes ruedas de cigarrillos de trigo para las fábricas de «Cabaña», «La Legitimidad» o «La Honradez», aquella del colosal escudo de brillantes cristales de colores, en lo alto de la puerta, en la Flazoleta de Santa Clara.

Este escudo perteneció antes a la fábrica de Susini, la primera que puso a la venta aquí en la Habana los cigarrillos de picadura de hebra. Cuando se quería decir que una cosa, una persona, un negocio era bueno o de superior calidad, se empleaba la frase: —¡Pectoral de Hebra! De todas las cajetillas de cigarrillos que entonces se vendían en la Habana, la mejor y más artísticamente impresa y presentada, era la de la fábrica «La Honradez». Estaba litografiada en fuerte papel rojo oscuro, ostentando en una de sus caras el escudo Real de España, en líneas doradas, de relieve, bajo un letrero en que se anunciaba ser la fábrica «Proveedora de la Real Casa»; y en otro sitio, otro letrero que decía:

**La Honradez fumarás  
o el vómito tendrás.**

El portero de casa rica llegó a ser en Cuba una verdadera institución. Por lo general eran gallegos, y todos muy graves, recatados y discretos. Mantenían el prestigio de la familia como cosa suya. «Los niños» de la casa—niños que a veces tenían hasta cuarenta años—sostenían con ellos las mejores relaciones, habida cuenta de que eran ellos los que les sabían sus «maturrangas», y les abrían la puerta de la calle por la madrugada, cuando volvían de sus parrandas nocturnas, recorriendo el cerrojo con la mayor suavidad para que no lo oyera el «amo». Tal importancia y arraigo llegaban a tener en la casa estos sirvientes, que en más de una ocasión ayudaron a sus señores con sus ahorros y recursos particulares, en sus apuros y miserias; y también se dió más de una vez el caso de que se quedaran con la casa y todo. Con los años, prestando al seis por ciento mensual, se llega a los cientos de miles. Se les distinguía con el Don; y por regla general llamáranse como se llamasen, se les llamaba Don José, Don Antonio o Don Manuel. Al de Doña Tula le llamaban Don Antonio, y cuando él firmaba por su cuenta, ponía su nombre propio de Rengifo. Al presente, con el sistema de departamentos, al portero lo ha sustituido el mecánico del ascensor, que es como el portero de todos los vecinos: un portero totalitario.

Por la parte de Consulado, la casa de Doña Tula tenía la entrada de la amplia cochera, con su volanta, su tálbury, su berlina, fúlgidos con el reflejo de sus charoles y sus incrustaciones de plata y nácar; y detrás, la caballeriza con sus equinos de la mejor raza, sus anaqueles y vitrinas surtidas de los mejores y más costosos arreos y correages. Doña Tula, que salía a la calle pocas veces, era una mujer fornida, trigüeña, de cabellos intensamente negros; y según se decía, de carácter fuerte e imperioso. No obstante, era muy caritativa; y todos los sábados se llenaba aquel zaguán de pobres, ya escogidos por ella en el barrio; y el portero, de rudo aspecto exterior, era el encargado de repartir las limosnas...

La casa de Doña Tula, grandota, maciza, sin ángulos—se podría decir hecha a escuadra—era entonces considerada como el Palacio del barrio. Por su lado izquierdo, hasta la esquina de la calle de la Industria, se sucedía una serie de casitas bajas, de maderas y techos de tejas, que contribuían al prestigio, por contraste, del caserón de la acaudalada señora. Ocupaban aquellas humildes moradas familias de posición modesta, empleados del Municipio o de la Hacienda, de cincuenta a ochenta y tres pesos mensuales—el sueldo de un oficial 50, que era entonces, en la nómina colonial, a lo más que podía aspirar un cubiche—prestándose sus ventanas, casi todas al ras de la calle, a aquellos «amores de ventana»—lo más corriente entonces en todos los barrios—que inspiraron al popular costumbrista Luis Victoriano Betancourt aquellas sus correctas y célebres décimas, que se hizo corriente recitar en los bailecitos y reuniones familiares; y que terminaban de este modo:

**No lleva intención muy sana  
ni a fe muy pura responde,  
quien del estrado se esconde  
y se muestra en la ventana.  
Amando así, solo gana  
dos cosas, a mí entender:  
si no se casa, querer  
lo que intenta despreciar;  
y si se casa, enturbiar  
el agua que ha de beber.**

En la edad presente tendría que titular el costumbrista su sátira «Amor por teléfono», pues este moderno aparato, como se sabe, es el que hoy ha substituído a la ventana en el cuchicheo amoroso.

La casa de Doña Tula era célebre, entre otros detalles, por ser de las pocas que en aquella época tenían, para su uso particular, una pluma de agua de Vento, antes de que El Acueducto fuera público. La casa de Doña Tula tenía una pluma por la calle de Animas. Cuando los aguadores de barrilitos, que traían aquella agua en carretones, por cualquier causa, dejaban sin ella a la barriada, Doña Tula mandaba abrir la llave de su pluma; y todo el barrio se surtía de agua de

Vento a su gusto. Estas plumas tenían su acometimiento aparte, pagado por el dueño; y eran las que se llamaban «plumas redimidas».

Vázquez Queipo, autor de unas Tablas de Logaritmos, amigo de la familia de Doña Tula, y persona de gran influencia en el Gobierno, mandó a pavimentar de adoquines de granito el tramo de Consulado entre Animas y Virtudes. Después de la muerte de Doña Tula, ocupó la casa en 1893 el Colegio «San Miguel Arcángel», del doctor Corrales, el primero que estableció el servicio de guaguas para la conducción de los alumnos. Estos, frecuentemente, armaban los grandes alborotos, cogiendo las guaguas por su cuenta y arreando las mulas con fuertes chuchazos, en medio de la mayor gritaría. Después se instaló allí el Hotel «Maison Doré»; y de uno en otro cambio, ha continuado hasta el presente en que creemos pertenece el edificio al matrimonio Averhoff-Sarrá. Un buen número de vecinos tenían que contentarse con el agua fangosa de la «Zanja Real», que la piedra isieña de destilar dejaba caer gota a gota en la fresca tinaja de barro rojo, impotente sin embargo para que desapareciera del todo su marcado sabor a cieno. Allá por los años 89, 90, empezaron a instalarse las maestras del Canal de Vento. Ya hace medio siglo que están prestando servicio; y como su calidad no fué nunca de lo mejor, he ahí el motivo de su actual ineficacia. Con aquellas enormes zanjas abiertas a lo largo de todas las calles de la ciudad, el paludismo y la fiebre amarilla hicieron de las suyas; pero había para decir, que «el remedio era peor que la enfermedad». Precisamente el tramo de esta calle de Animas, comprendido entre Industria y Elanco, quedó tan mal estado, que con los fuertes aguaceros de agosto se convertía en un gran lagunato verdoso, que no tenía nada que envidiarle al Gran Canal de Venecia: la verdad sea dicha, que se vivía de milagro.

La casa de esta calle, entre Industria y Crespo, vivienda de puerta y ventanas cerradas, a través de cuyas paredes misteriosas se oían por las noches ecos de risas y sueltos compases, acompañados al piano, de himnos y canciones americanas. Nunca se vió, ni oyó en ella nada que perturbase ni la paz, ni la moral pública; pero una mañana del año 1893, en plena intervención americana—decíase que altos empleados de ella jugaban allí al poker, por las noches—la tragedia arrojó su arpón sobre ella; la intervención la justicia; la asaltaron los repórters y la enfocaron los fotgrafos, enterándose la ciudad de que había amanecido en ella, degollada en su lecho, una de sus moradoras, bella «girl» canadiense, llamada Minnie Rosse. ¿Un crimen? ¿Un suicidio? El dibujante Santiago Quiñonez hizo en «La Caricatura» un artístico retrato a plana entera, de la ociosa, con su gran sombrero alón y emplumado, de moda entonces, que se vió durante mucho tiempo pegado en los espejos de las barberías, los cafetines y los salones de limpiabotas; si bien, como no era su tiempo, ningún pianista de cabaret le escribió una canción sentimental, como a su compañera de amor liviano, la infortunada y ya olvidada Rachel...

Minnie Rosse era una rubia, elegante y hermosa, que llamaba la atención paseando todas las tardes por el Prado y San Lázaro, en una carretela tirada por una arrogante pareja de caballos blancos. Dej; al morir, en un banco de esta ciudad, una cuenta corriente de 35.000 pesos. Un repórters, con ribetes de literato, escribió que la herida que presentaba en el cuello Minnie Rosse, roja, grande, ancha, se parecía a la de Severina Aubry, hecha por la navaja de Jaime Lantier, el maquinista protagonista de la novela «La Bestia Humana», de Zola, que aun circulaba con éxito en aquellos días. Y otro repórters guasón escribió: «¡Que se detenga a Lantier!».

Fué un proceso que duró poco en la atención del público. Aunque estuvo a pique de perder la vida en el garrote, como presunto autor del asesinato, el portero y criado de mano de la casa, un infeliz gallego cuya ignorancia de cretino, si bien lo perdía ante los jueces, le sirvió en cambio a sus defensores para sacarlo completamente libre. Sobresaida la causa, y cuando ya nadie se acordaba de Minnie Rosse, murió en un hospital de New Orleans un antiguo ex oficial de la marina de guerra americana, que en su última confesión se declaraba autor de aquel asesinato, cometido una noche, hacía años, en aquella casa de la calle de las Animas...

En la razia de moralidad a «utrance» que llevó a cabo en el barrio de Colón el inexorable Zayas Bazán, fué clausurada esta casa a toca teja y sin atender a miramientos ni recomendaciones de ninguna clase.

Un mal recuerdo se enlaza en seguida con otro: frente a esta casa de Animas, en que fué asesinada Minnie Rosse, hacia el año 1917, se suicidó el culto y pundonoroso joven de 23 años, teniente de la Marina de Guerra Nacional, Francisco Prohigas, y uno de los guardia marinas del «Patria», cuando este crucero hizo su primer viaje a España en 1913, al mando del comandante Villegas.

En la esquina de Animas y Prado, antes de fabricar en ella su palacete de Don Ramón Herrera, que hoy pertenece a la sucesión de don Guillermo Zaldo, existía un caserón de estilo colonial, donde estuvo un tiempo el Consulado Chino, y en cuyos bajos había instalada una escuela para enseñanza del español a los niños hijos de los miembros de aquella colonia. Los transeúntes se detenían frente a las ventanas del colegio, atraídos por el gracioso canturreo y delectreo de los chininitos:

—Santa Malía, male le Li...

—Sincó palocho, cualenta...

y cuando éstos salían a la calle, ya terminadas las clases, se suscitaban las grandes peloterías entre ellos y los pilletes del barrio, que los atacaban y les tiraban de las trenzas, que aun usaban por entonces los súbditos del Celeste Imperio: los «salvaguardias» tenían que intervenir a menudo, desvainando sus mohosos machetines, para dirimir el combate.

En la esquina de Industria había por esta época 1883, 90, etc., una carnicería de la que era dueño un popular asturiano, muy «chévere» y «parrandero», de los de ensortijado lunar de pelo en la



4

mejilla, y andar cadencioso, a quien únicamente se le conocía por el pomposo mote de «El Marqués», mal visto de las autoridades españolas por considerársele ñáñigo y «desafecto a la causa», calificativo éste que se le aplicaba a los sospechosos y levantiscos, que no estaban con el gobierno de la «Ominosa». Era el «Chévere Cantúa» del barrio, gastador y valiente, que reinaba en las rumbas del Callejón de los Perros, allí próximo; cuando la guerra, el Gobernador Porrua lo obligó a abandonar el sultanato; y ya formalizado, se casó con una criada del barrio paisana suya, llamada Vicenta; y cuando la evacuación se embarcaron para España.

Al lado de la carnicería del «Marqués», en la calle de las Animas, había una casita donde a menudo se celebraban comilonas, reuniones y bailecitos alegres—algunos decían que en el último cuarto se jugaba al «prohibido del monte»—visitada por varios jóvenes locos de la Acera—algunos viven todavía—a los cuales se les daba de madrugada la ocurrencia de subirse a las azoteas y tejados colindantes, para maullar como gatos y desesperar a los vecinos. Entre los maullidos de los gatos verdaderos y los de los figurados, se armaba un insoportable concierto gatuno, que se oía desde lejos y alarmaba a toda la cuadra, teniendo los vecinos que impetrar el auxilio de los dos guardias del orden, de centinela en la esquina, con sus negros bigotes, y calzados sus guantes blancos en señal de servicio, para que también subieran ellos a los tejados y espantaran a unos y otros. Era una cómica persecución que hacía reír a los vecinos y transeuntes. Cuando lograban espantar a un gato, oían el maullido de otro por detrás; y así toda la noche. ¿Gracia? Ninguna; lo gracioso será ahora, cuando los viejos gatos supervivientes recuerden aquellas inocentes travesuras de los veinte años...

Al otro lado de la carnicería, por Industria, en la casa marcada entonces con el número ochenta, vivía un señor Romero, administrador, del 80 al 88, del Banco Español, el cual fué asesinado—primeros chispazos del gangsterismo en la Habana—de un tiro en la nuca, hallándose una mañana trabajando tranquilamente en su despacho del Banco. Más tarde ocuparon esta propia casa los hermanos Pérez Alderete, uno de ellos empedernido aprendiz de flauta, quien tenía loco al vecindario con sus consonantes y desafinados ejercicios en el instrumento: el malogrado flautista acabó por volverse loco, él a su vez; y una tarde de 1906 se suicidó, arrojándose desde un balcón de la casa que ocupaba en la calle de Campanario; tal vez desesperado de no poder dominar el arte de los trinos, que hizo tan célebre entre nosotros al maestro Don Alfonso Miari.

Próxima a aquellos sitios, en Virtudes, hallábase la casona del oculista doctor Montalvo, en cuyo amplio patio, sombreado por una frondosa higuera y un coposo almendro, sus hijos jugaban y alborotaban, sobresaliendo la gritería ruidosa del incontenible Rafael. Por los años del 90 al 92, veíase a «Villita», serio, limpio, elegante, subir todas las tardes la loma de Industria, para dirigirse a la Acera; y de allí al juego de lotería de cartones que se hallaba instalado en los entresuelos de «Tación», siempre concurrido, desde las cinco de la tarde hasta la una de la madrugada, y en el que un jiboso le daba vueltas al globo de las bolas, cantando los números con voz aguda.

En la cuadra de Animas esquina de Ciespo, en un viejo caserón de techo de teja, existía un baratillo en una vieja accesoria, a la que se entraba descendiendo tres escalones, pues se hallaba más baja que el nivel de la calle, propiedad de un gallego, bajo de cuerpo, endeble, calvo y bigotudo, que se llamaba Benito, y en el que vendía útiles de escuela para los muchachos de ambos sexos: cartillas, cartones, canevás, lápices, creyones de colores, pizarras, hilo de carreta, bolas de estambres, cabos de plumas, paquetes de ganchos y de agujas, cuadernos de escritura, barras de tiza, pomitos de goma, papalotes, libros de lectura de don José María de la Torre, catecismos del P. Ripalda y el P. Asteite; el Fleury, etc., etc. Era un hombre silencioso, pausado, que trataba con afecto a sus infantiles marchantes; pero un día la «mala suerte» lo obsequió con un premio de 25 mil pesos, en una lotería de las llamadas «coloradas»; y Benito empezó a verlo todo rojo. De vuelta de la Hacienda, con el dinero en los bolsillos, se volvió loco. Empezó a llamar a todos los chiquillos del barrio y a regalarles toda la existencia del baratillo, y a tirar para la calle a manos llenas monedas de plata, de oro, de calderilla, y billetes de banco, con lo que, como es de suponerse, se armó la gran escandalera en el barrio, teniendo que intervenir la policía y los médicos de la Casa de Socorro, a los que hubo necesidad de avisarles, y que acudieron con una ambulancia para llevarse al enfermo. Tuvieron que ponerle una camisa de fuerza para obligarle a entrar en ella, la que partió en medio del ensordecedor escándalo de los pilletes, y de los gritos del demente que decía riendo a carcajadas:

—¡Benito millonario! ¡Ja, ja, ja! ¡Benito millonario! ¡Ja, ja, ja!

En tanto, el Juzgado tomaba posesión del deshecho baratillo, y de los papeles y los fajos de billetes, restos del premio que había acabado de cobrar el baratillero en la Hacienda; lo demás voló como

5

arrebatado por un huracán, dándose comienzo a las oportunas diligencias del caso: escribir a España, poner a los herederos—si nos tenía—al corriente de lo sucedido, contar, revisar y guardar el tesoro, correr el intestado, publicar en la Gaceta los requerimientos de la Ley, etc., etc., Nunca se acaban las etc.

Tres meses después el «infeliz afortunado» moría en Mazorra; y al cabo se le fué olvidando poco a poco. ¡Pobre Benito! Menos mal que su dinero cayó en buenas manos. La vieja casucha se ha transformado hoy en una casa moderna. Y esto lo ha revivido esta mañana el postalista, paseando por Animas y sus alrededores, CALLE ARRIBA, CALLE ABAJO...

*Am, Oct 6/40*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA